

ANTROPOLOGÍA IGNACIANA

Adolfo Chércoles Medina sj

INTRODUCCIÓN

Siempre me ha sorprendido -y me sigue sorprendiendo!- la antropología que se trasluce en el método de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio. Y me sorprende no por su actualidad y hondura, sino porque va más allá de responder a unas expectativas y plantea unas coordenadas que posiblemente no siempre se han tenido en cuenta y deberían ser imprescindibles en toda antropología.

Me explico. Una 'antropología' no es un 'tratado' sobre el comportamiento del ser humano como puede hacerse sobre las hormigas o las abejas, que seguirá enriqueciéndose con el tiempo con nuevas observaciones porque el comportamiento de las hormigas no cambia, y es cuestión de observación y medios para perfeccionar dicha observación, al estar programado instintualmente hasta tal punto que **el animal no puede equivocarse**: su existencia es cuestión de 'suerte', no de 'acierto'.

En el ser humano, sin embargo, es cuestión de 'acierto', y éste nunca está asegurado. De modo que una auténtica antropología debe explicar esta posibilidad que siempre la percibimos como riesgo, y el riesgo nunca es cómodo, pero está ahí. Dicho de otra forma, no se trata de describir 'logros excelentes' -siempre me ha resultado ambiguo el término 'excelencia'- sino capacidades disponibles, cuya utilización no está programada y puede terminar en 'desastre'. El ser humano es posibilidad pendiente, que eufóricamente denominamos libertad, sin caer en la cuenta que dicha posibilidad nunca está 'determinada' de antemano -dejaría de ser tal!-, y puede acabar en algo positivo o negativo. Es decir, al final, no todo es 'logro'.

La incertidumbre de qué llegará a ser cada ser humano, hace que estemos ante un proceso no programado, pero tampoco tan indeterminado que cualquier resultado se considere 'logro'. Esta 'no-programación' -**libertad**- está llamada a culminar en lo que denominamos **persona**, que, por lo pronto, no es una realidad más -observable y manipulable-, sino que goza de **autonomía** -capacidad de decidir- y, por tanto, única, irrepetible e imprevisible.

Por tanto, el punto de arranque de cualquier antropología ha de ser la **persona**, no en cuanto realidad jurídica, sino en cuanto vivencia. Porque todos sabemos que la vivencia personal es siempre algo pendiente, que no quiere decir que dejemos de ser jurídicamente personas -se nos pide cuenta de nuestros actos-, pero siempre se ha hablado de 'buena' y 'mala' persona, y en las dos versiones se trata de personas jurídicas, pero no es lo mismo.

En resumen, una antropología auténtica debe describir unas capacidades pendientes de ser aprovechadas, concretadas y responsables. ¡Nada está resuelto de antemano en el ser humano! Pero puede no 'aprovechar' sus posibilidades, porque no las ha concretado -*determinado*, diría san Ignacio- ni ha sido 'responsable', en una palabra, no ha sabido comportarse como **persona**.

Es decir, hay persona cuando se está convencido de

- que todo es **posibilidad** que hay que aprovechar, no programación establecida;
- que todo está **pendiente de concreción** -*determinación*: la abstracción no es real-,
- y de **respuesta libre** -no programada-, **autónoma, responsable**.

Pero esto no es así desde el comienzo. El niño es pura necesidad durante más tiempo que ningún otro ser viviente, y está llamado a ser más autónomo que ningún otro. Esto quiere decir, que

el ser humano, en cuanto persona, es **proceso** pendiente, no logro asegurado. Si su peculiaridad es la 'no-programación' -**libertad**-; no es posible describirlo de antemano, pero sí tomar conciencia de que está llamado a acertar, aunque puede fracasar.

Será, pues, la **antropología** la que describa las coordenadas de un **proceso** siempre pendiente, que posibilite la **vivencia personal**. Hay, pues, que empezar por preguntarse qué es la vivencia personal y qué proceso la posibilita.

Vivencia personal

Partimos del hecho de que el niño toma conciencia de que tiene un **yo** -que es **persona**-, porque se le ha querido 'a rabiarse', y percibe que no es una 'cosa' más. El problema es que al comienzo sólo es capaz de exigir -'**sujeto de derechos**'- y llegará a ser persona cuando se responsabilice, cuando descubra que es un '**sujeto de deberes**'. Pero este proceso se lleva a cabo gracias a la **relación personal**. Es decir, hay vivencia personal porque ha surgido un '**yo**' desde un '**tú**'.

Somos pura relación con el entorno. Sin embargo, la relación con las personas tiene unas coordenadas específicas que apuntan a la **gratuidad**. Toda relación manipuladora e interesada deja de ser personal y no posibilitará que surja la persona en su plenitud. Hay que decir que somos más personas en la medida en que somos más gratuitos. Toda dinámica interesada -egoísta-, aísla y dificulta la relación personal: no la agradecemos.

Proceso pendiente

Es decir, se trata de un proceso que no está asegurado y que, por tanto, ha de estar disponible en manos del sujeto cuyo logro, si es personal, será único, pero que al estar pendiente -al no ser algo programado-, puede terminar en fracaso.

Como decíamos al comienzo, en el animal no hay 'proceso' porque su programación instintual asegura su comportamiento y es cuestión de 'suerte': puede elaborarse un 'tratado'. En el ser humano, al ser persona -irrepetible-, no es posible hacer un tratado, y es cuestión de 'acierto personal'.

Por tanto, una **antropología** será tal si se limita a describir las coordenadas que posibiliten un **proceso pendiente**, cuyo acierto es suscitar la **vivencia personal**. Cualquier otro planteamiento programado está fuera de lugar. Al ser humano no se le puede 'encarrilar'.¹

Esto es lo que pretendo llevar a cabo en estas reflexiones: hasta qué punto la antropología que San Ignacio dejó plasmada en el método de los EE no es una más entre las muchas que se han propuesto, o puedan surgir, sino la que se limitó a plantear las coordenadas que ha de tener en cuenta el individuo para convertir su vida en una tarea llamada a ser acertada al mismo tiempo que irrepetible. Es decir, este acierto no está previsto porque no consiste en ser uno más, sino en llegar a ser **vivencia personal responsable e irrepetible**. Nos encantan las abstracciones, porque las manejamos a nuestro antojo y no pasa nada. Lo irrepetible, lo único, lo imprevisible nos pone

¹ Es lúcida la reflexión, no exenta de ironía, de **Antonio Machado** en **Juan de Mairena**: "Imaginad un mundo en el cual las piedras pudieran elegir su manera de caer y los hombres no pudieran enmendar de ningún modo, su camino, obligados a circular sobre rieles. Sería la zona infernal que Dante habría destinado a los deterministas. Políticamente, sin embargo, no habría problema. En ese mundo todos los hombres serían liberales; y las piedras... seguirían siendo conservadoras." (XI p 125)

nerviosos, por eso inventamos términos que nos ahorren tener en cuenta la sorpresa de lo único. ¿No ocurre esto con la palabra ‘ciudadanía’²?

El reto, pues, será explicitar hasta qué punto el método de los EE se limita a proporcionarnos las coordenadas necesarias que posibiliten a cada ejercitante su proceso personal irreplicable. Pero antes habrá que concretar cuáles serían estas ‘coordenadas irrenunciables’ para hablar de **antropología**.

COORDENADAS IMPRESCINDIBLES EN UNA ANTROPOLOGÍA

Si hemos distinguido entre **tratados** sobre las distintas especies animales y **antropología**, supuesta la realidad humana cuya no-programación la abre a la posibilidad -lo imprevisible-, aunque no a la indeterminación, ¿qué ‘coordenadas’ son imprescindibles para que sea tal?

En efecto, hay coordenadas que no pueden excluirse si tenemos en cuenta su peculiaridad. Yo las concretaría en cuatro: ha de partir de la **persona** -realidad consciente y autónoma-, que consta de un **cuerpo** condicionado y necesitado -como cualquier animal-, cuyo comportamiento no está programado por un instinto llamado a estructurarse en hábitos y actitudes, y con unas capacidades sorprendentes. Esta no programación, sin embargo, no es indeterminación gracias a la peculiaridad de su **sexualidad** y a la **inteligencia -razón-**. Pero estas cuatro ‘coordenadas’ no podemos considerarlas como yuxtapuestas sin más, sino que la primera es tal, gracias a la síntesis de las tres siguientes. Veamos cómo:

PERSONA: realidad consciente y autónoma totalizante (experiencia del ‘yo’)

En efecto, la **persona** es el referente irrenunciable de cualquier **antropología**. Pero siempre me ha sorprendido el origen del término. Al parecer entra en la filosofía procedente de la teología³, y precisamente de lo más específico de la teología cristiana: el ‘misterio de la **Trinidad**’ -‘*un solo Dios en tres personas distintas*’-. La torpe acentuación de ‘misterio’ -siempre se ha usado este término para hablar de la Trinidad!-, puede impedir que descubramos su verdadero alcance, que ha llegado a desbordar el dogma cristiano para adquirir carta de ciudadanía en toda antropología, como es el término ‘**persona**’.⁴

² La ciudadanía parece ser un intento de reducir a un término genérico lo que no se puede ni definir: la persona. ¡Cuántas alusiones a la ciudadanía suenan extrañas a mi vivencia personal! La ciudadanía puede ser manipulada, la persona nunca.

³ No me resisto a citar a **Antonio Machado**: “Como *ancilla theologiae*, criada de la Teología, fue definida la filosofía de los siglos medios, tan desacreditada en nuestros días. Nosotros, nada seguros de la completa emancipación de nuestro pensamiento, no hemos de perder el respeto a una criada que, puesta a servir, supo elegir un ama digna de tal nombre. Que no se nos pida, en cambio, demasiado respeto para el pensar pragmático, aunque se llame católico, para despistar; porque ése es el viudo de aquella criada, un viejo verde más o menos secretamente abarragado con su cocinera” (**Juan de Mairena, XXVI**, p 213). Si a esta cita añadimos otra de **Ortega y Gasset**: “...La masa en rebeldía ha perdido toda capacidad de religión y de conocimiento. No puede tener dentro más que política, una política exorbitada, frenética, fuera de sí, puesto que pretende suplantar al conocimiento, a la religión, a la *sagesse* -en fin, a las únicas cosas que por su sustancia son aptas para ocupar el centro de la mente humana-. La política vacía al hombre de soledad e intimidad, y por eso es la predicación del politicismo integral una de las técnicas que se usan para socializarlo.” (**La rebelión de las masas**, Editorial Austral, pp. 60-61). Denominar a la **Teología** como ‘*ama digna de tal nombre*’ y considerar la **religión** como una de ‘*las únicas cosas que por su sustancia son aptas para ocupar el centro de la mente humana*’, no dejan de chocar en nuestros ambientes.

⁴ El término **Trinidad** en **Conceptos fundamentales de teología**, el teólogo **M. Schmaus**, lo comienza así: ‘*La unidad de Dios en tres personas es el misterio central de la fe cristiana. El cristianismo se diferencia de todas las otras religiones por su afirmación de la existencia de tres personas en Dios*’.

La afirmación de san Juan de que “*Dios es amor*” (I Jn 4, 8), carecería de posibilidad si Dios en sí mismo no fuese pura relación de personas. Y lo curioso es que el término ‘persona’ empezó en Dios -teología- para después trasvasar su alcance a nosotros -filosofía-.

Se nos olvida con demasiada frecuencia que en la fe judeo-cristiana, la iniciativa siempre es de Dios, no del hombre. Dios es revelación, no argumentación, y en el caso que nos ocupa -la **persona**-, ha sido la revelación la que nos ha dado la clave. Es el misterio revelado el que ilumina, no al revés.⁵

En efecto, la entidad de la **persona** en el dogma de la Trinidad culmina en la **relación**, no en sí misma: es persona en la medida en que sale de sí misma relacionándose. ¡No son tres dioses, sino un solo Dios! La sorpresa de la revelación cristiana es que Dios es comunión de Personas, no soledad aislada y autosuficiente. ¡En sí mismo es un ‘nosotros’! Por eso, “*Dios es amor*”. Esta raíz ‘teológica’ cristiana del término **persona** plantea el problema de qué entidad tiene la ‘creencia’. Las dos citas de **Machado y Ortega y Gasset** (nota 2), hoy serían inconcebibles porque han dejado de ser ‘correctas’. Pero esta ‘secularización’ ¿es un logro o una simpleza?

Va a ser el propio **Ortega** el que nos ayude en este problema. En el librito *Ideas y creencias* que recoge algunos ensayos suyos, en el primero -que da nombre al libro- distingue entre **creencia** e **idea**: es ‘creencia’ aquello con lo que ‘*contamos*’, la ‘*idea*’ la elaboramos y, por tanto, tenemos que argumentarla y defenderla.

Esto me hizo caer en la cuenta de que todos somos creyentes, ¡hasta el más convencido ateo! Uno podrá afirmar: ‘*No creo en Dios*’, pero nunca: ‘*No soy creyente*’, porque, a lo mejor, ese mismo ‘ateo’⁶ te confesará: ‘*Yo, sólo creo en la ciencia*’. Ahora bien, esa supuesta ‘ciencia’ -siempre en búsqueda- no la ha elaborado él, tiene que ‘*contar con ella*’, él no la ha ‘investigado’. Dicho de otra forma, acepta la realidad, aunque no pueda explicarla personalmente, tiene que creer a los que la han investigado. ¡Es una simpleza concluir que no es ‘real’ lo que yo no abarco, lo que no puedo explicar!

Pero fue el último ensayo -*El Intelectual y el Otro*- el que me llevó a profundizar el alcance de la **creencia**. En efecto, en este segundo ensayo distingue entre **Intelectual** y el **Otro**. El primero es capaz de buscar porque es capaz de asombrarse y preguntarse ante una realidad que le desborda, mientras el ‘Otro’ lo único que hace es ‘aprovecharse’ de ella sin más. Pero lo más sugerente es la afirmación de que el ‘Intelectual’ está desapareciendo, siendo sustituido por el **Pseudointelectual**, que usa los hallazgos del ‘Intelectual’, pero él ‘*es ateo de todo*’; ha perdido la capacidad de sorprenderse ante lo que le desborda -¡de creer!-, exigiendo explicaciones de todo -¡nunca tuyas!-, lo cual le lleva a la absurda conclusión de que: ‘Lo que no puedo explicar o entender, no existe’. ¡Desde esta postura no habría surgido la filosofía, pero es que ni la ciencia! La realidad siempre está ahí -es ‘*lo de suyo*’, dice **Zubiri**- y nosotros tenemos que darle ‘*ser*’ para comprenderla, pero nunca la agotamos, sino sigue pendiente de búsquedas.

A lo mejor, con lo dicho, tiene sentido ‘exculpar’ el origen creyente de la palabra *persona*, porque hoy todos somos creyentes, nadie puede abarcar una realidad que cada vez nos desbordará más y la especialidad se impone. No creeremos en Dios, pero tenemos que creer a los que investigan una realidad que nadie puede abarcar por sí solo. Pero podemos ir más lejos y concluir que no podía

⁵ Es sugerente la observación de **S. Kierkegaard** en *La enfermedad mortal*: ‘... ¿qué mérito tiene querer comprenderlo todo si el cristianismo entero estriba en que sea creído y no precisamente comprendido? ¿...si ante el cristianismo no queda otra alternativa que la de creerlo o escandalizarse? ¿...no será más bien una desvergüenza... el querer comprender lo que no quiere ser comprendido?...’ (p 148)

⁶ Y aquí quiero distinguir al ‘agnóstico’ del ‘ateo’. En cierto sentido, todo creyente tiene algo de ‘agnóstico’ si realmente cree en el Dios trascendente: ¿quién puede describir a Dios?

ser de otra forma. Y para ello vamos a preguntarnos qué ecos produce en nosotros cuando usamos dicho término.⁷

En efecto, habría que decir que quien es incapaz de 'creer' -de fiarse de nadie- tampoco suscita confianza -es menos persona-. Más aún, tenemos el dicho: "*Ése es un creído*", con un sentido siempre despectivo. Pero ¿qué quiere decir? Que todos han de 'creer en él', pero él no cree a nadie.⁸ Es la postura del prepotente. Pero ¿consideramos 'persona' al 'prepotente'? ¡Nunca! Lo único que suscita es rechazo o, lo que es más significativo, necesidad de defendernos de él. Dicho de forma más sencilla, imposibilita toda relación, y la persona es tal en cuanto se relaciona. Y no cualquier relación, sino aquella que suscita reciprocidad y se abre a la sorpresa, de lo contrario termina en dominio o manipulación. ¡Se es **persona** cuando se es '**creyente**' -capaz de fiarse del otro-, no 'un creído' -que todos tienen que 'creer' en mí, pero yo no me fío de nadie-!

Otra frase que puede dar pie para tomar conciencia de qué es ser persona es la distinción entre 'gran personalidad' y 'gran persona'. Comento en la sexta Bienaventuranza: "**¡Ay de las grandes personalidades!** ¡Son una amenaza! ¡Detrás de toda tragedia en la historia ha habido una 'gran personalidad'! Hay que suscitar '**grandes personas**', que no es lo mismo. Si una 'gran persona' es una 'gran personalidad', es un regalo. Pero si sólo es una gran personalidad, es un peligro. La gran personalidad 'desertiza' lo que hay a su alrededor: "Menos mal que he llegado yo", "La suerte que habéis tenido de dar conmigo". Y como el ser humano es perezoso (vago), todos agradecemos al 'deslumbrante', para poder adormecernos a su sombra... Pero nos entontece, no crecemos. La 'gran persona' suscita vida alrededor, la 'gran personalidad' la deja ciega, la 'deslumbrante'."

Y es que, en la conversación corriente, todos distinguimos entre '**gran personalidad**' y '**gran persona**'. La primera sobrecoge, da seguridad, pero anula; la segunda puedo contar con ella, suscita confianza, en una palabra, hace crecer, recupera, porque crea **reciprocidad**, sin la cual, toda relación termina en dominio o manipulación.⁹ En efecto, sólo cuando hay reciprocidad desaparece cualquier protagonismo o heroicidad y puede surgir la gratuidad. ¡Y sin **gratuidad** la **vivencia personal** es imposible!

La última característica de la **persona** es que supone **totalidad** -síntesis-, no parcialidad. Si es verdad que la persona surge y se vivencia en la relación personal, posiblemente el proceso relacional más llamativo es el enamoramiento. En él hay una cosa clara: la exigencia de 'totalidad'. En esa confrontación '**yo-tú**' tan plenificante, si en un momento dado un 'cachito' del 'tú' o del 'yo' desaparece, ¡las tragedias que desencadena! Somos personas cuando nos ponemos en juego como un todo, sin dejar nada fuera. Pero este 'todo' no podemos darlo por supuesto.

⁷ Suelo decir que en mi vida he agradecido aquellas aportaciones, vengan de quien vengan, que, al escucharlas han **dado nombre** a algo que yo constataba. Las observaciones de **Ortega** dan pie para afirmar que cuando lo que oímos encuentra un eco, detrás está el **Intelectual**; cuando consumimos datos que se incorporan sin más a los propios 'conocimientos', prescindiendo del eco -positivo o negativo- que puedan provocar, está el **Pseudointelectual**: nos convertimos en 'loros' que repiten, y ahora tenemos otra imagen más expresiva: nos convertimos en 'discos duros' incapaces de 'creer' -de sorprendernos, de interrogarnos-, avaros de acumular 'argumentos' que nos den 'seguridad'.

⁸ Esta constatación, como tantas otras, se la debo a la **Mari**. Trabajando la polémica regla 13 del '*sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener*' (EE 365), al intentar descubrir el alcance de la frase: '*que lo blanco que yo veo, creer que es negro...*', ella comentó: "*Eso es ser un creído*". Una vez más: ¡Gracias, Mari!

⁹ En el niño, por ejemplo, no hay 'reciprocidad' sino 'necesidad' y, por tanto, exigencia.

En efecto, unas veces no ponemos en juego nuestra totalidad porque expresamente ‘dejamos algo aparte’, pero otras porque, sin saberlo ni pretenderlo, ‘algo queda fuera de nuestro control’. Esto quiere decir que dicha totalidad no es algo dado sin más, sino una síntesis siempre pendiente.¹⁰

Así pues, estas características de la persona -capacidad de ‘crear’, de relacionarse en reciprocidad y de ponerse en juego como una totalidad- no parecen ser un logro definitivo sino siempre es proceso pendiente. Este proceso nadie puede negarlo: el itinerario obligado niño-adolescente-adulto es algo tan evidente como indeterminado, porque no tiene ‘calendario’. El ritmo de este proceso no está asegurado, pero es que ni siquiera que el proceso se lleve a cabo: puede producirse en cualquier momento una ‘fijación’ y, para colmo, siempre es posible la ‘regresión’. ¡Es imposible hacer un ‘tratado’ sobre el hombre! Por eso la **antropología** ha de limitarse a capacidades y posibilidades que generan distintos procesos.

Etapas	Principio dinamizador	Situación relacional objetiva		Comportamiento		Estado
Niño	Principio del placer ESTÍMULO- RESPUESTA	DESIGUALDAD	Dependencia total	Identificación	Irresponsabilidad total	Sujeto de Derechos
Adolescente			Independencia (dependencia: pandilla)	Rebeldía, rechazo	Identidad aislada	
Adulto	Principio de realidad LIBERTAD	IGUALDAD	Relación personal	Madurez (convivencia)	Responsabilidad servidora	Sujeto de Deberes

Puede ayudar el esquema que en el Tema I de las **Reglas de la Iglesia** aportamos.

Pues bien, lo que hay detrás de este proceso siempre pendiente -sin programación instintual- es un **cuerpo** -ser necesitado, condicionado, con una sensibilidad educable y unas capacidades sorprendentes-, una **sexualidad muy plástica** -no reducida a la procreación ni enmarcada en una ‘época de celo’ como en el animal- que nos pone en juego como totalidad (**Freud**), y con una **inteligencia sentiente** -no estímulo- capaz de hacerse cargo de la realidad (**Zubiri**). Por tanto, cualquier antropología que pretenda serlo ha de tener en cuenta estas coordenadas peculiares del ser humano, llamadas a hacer posible la experiencia personal.

¹⁰ En la minusvalorada parte de la Exhortación **Evangelii gaudium** que trata de la homilía, dice que la predicación, para que sea inculturada, ha de “*evangelizar la síntesis, no ideas o valores sueltos. Donde está tu síntesis, allí está tu corazón. La diferencia entre iluminar el lugar de síntesis e iluminar ideas sueltas es la misma que hay entre el aburrimiento y el ardor del corazón...*” (EG 143) (La negrita es mía) Habría que decir, que el ‘lugar de síntesis’ es la **persona**, pero si la persona no hace esa ‘síntesis’ se queda sin ‘corazón’ y cae en el ‘aburrimiento’.

CUERPO (realidad necesitada y condicionada, con una sensibilidad educable y unas capacidades sorprendentes -mirar, hablar, respirar tomando conciencia de su vitalidad-).

Es importante partir de este dato irrenunciable que convierte al ser humano en ser cargado de necesidades. Más aún, al comienzo sólo un 'ser necesitado', y esta circunstancia va a durar mucho más que en ningún otro ser viviente: la incapacidad de sobrevivir por sí mismo del ser humano es más prolongada que la de los demás seres vivientes. Sin embargo, está llamado a llegar más lejos que ningún otro.

Ahora bien, la no-programación del ser humano complica esta condición de 'ser necesitado', por la carencia de un instinto que regule dichas necesidades. No se puede ser tan ingenuo como para creer que, dejándolo a su aire, el ser humano va a regularse por sí mismo. Esto requiere, lo que siempre se ha denominado educación, llamada, por otra parte, a culminar en una autonomía responsable.

Pero todo ese conjunto de necesidades hay que tenerlas en cuenta sin caer en la trampa de pensar que todo consiste en satisfacerlas. La contestación de Jesús al tentador que le propone: '*Convierte estas piedras en pan*', plantea el problema en toda su profundidad: "*No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*" (Mt 4,4). Es decir, la corporeidad del ser humano es punto de arranque, y supone unas 'exigencias' que responden a dimensiones imprescindibles, pero que no agotan la realidad personal que consiste en una **síntesis** a la que hay que dar respuesta si no queremos que todo termine en '*aburrimiento*'. En resumen, la corporeidad hay que tenerla en cuenta sin absolutizarla y, como veremos, aprovechar las capacidades sorprendentes de que está dotada.

SEXUALIDAD

Tanto **sexualidad**, como **cuerpo**, son algo que compartimos con el animal. Sin embargo, en la primera las diferencias son más acusadas y, sobre todo, su alcance va a hacer posible que surja la persona que considerábamos la pieza clave de toda **antropología**. Aquí me serviré, sobre todo, de **Freud**, ese gran observador del ser humano. Y aludo expresamente a sus observaciones, más que a sus teorías. Este hombre honesto, compartía sus hallazgos, aunque algunos de ellos fuesen en contra de teorías suyas. ¡Cómo echa uno de menos personas así!

Pues bien, no es posible traer todo lo que este hombre aportó sobre este tema, pero sí puede ayudarnos recordar algunas de sus observaciones globales.

Ante todo, la sexualidad humana no es como la del animal que apunta a la conservación de la especie y se limita a la época de celo, sino que está siempre presente en su vida. Por otro lado, va a ser puro **proceso**, cargado de peripecias, no siempre 'ideales' para, al final, hacerse cargo de ella.

Este proceso no está programado y menos asegurado. A lo largo de su obra, son continuas sus observaciones de cara a tomar conciencia de algo tan complicado. Como el enfoque de nuestro trabajo es resaltar el carácter procesual de cualquier antropología, pueden sernos útiles algunas de sus aportaciones.

En **Introducción al psicoanálisis** advierte que la sociedad "*...se halla también interesada en que el desarrollo completo de la necesidad sexual quede retardado hasta que el niño haya alcanzado un cierto grado de madurez intelectual, pues con la total aparición del instinto sexual queda puesto un fin a toda influencia educativa.*"¹¹

¹¹ **Introducción al psicoanálisis** (1915-7) pp. 2316-7

Un primer problema sería preguntarnos si este 'interés' de la sociedad se da hoy, que no lo parece y, sin embargo, según él nos jugamos mucho en ello. Pero hay que traer otras aportaciones suyas para entender su verdadero alcance.

Por lo pronto él constata que la **sexualidad humana** pasa por dos etapas -**infantil** y **adulta**- separadas por un paréntesis -**periodo de latencia**-. La **infantil** es **autoerótica**, y '*perversa*' -en el sentido de inservible-, que genera el **complejo de Edipo**, llamado a ser superado, posibilitando **logros** necesarios en el futuro. La **adulta**, paso al **aloerotismo**, que describe así: '*amor a un objeto y subordinación de todas las zonas erógenas [que producían placer] a la primacía de los genitales, al servicio de la reproducción*'.¹²

Estos logros imprescindibles se gestan en el **periodo de latencia**, en que la sexualidad como que 'se oculta' y posibilita transformaciones notables: *se crean los diques para contener los instintos dispersos e inservibles*, diques que van a ser decisivos para que el niño se incorpore a la sociedad y pueda madurar. Estos diques serán: la **vergüenza** -pudor-, la **repugnancia** y la **moral**.¹²

Espero que mi sospecha no coincida con la realidad, pero tengo la impresión de que nadie habla en la actualidad de este **periodo de latencia**, y, o bien **Freud** se lo sacó de la manga, o es que hemos prescindido de él, cosa que, según él, acarrearía consecuencias serias en la capacidad de vivir la propia sexualidad como tarea y no sufrirla como problema.

En efecto, sin los '*diques*' de la **vergüenza** -pudor-, la **repugnancia** y la **moral**, ¿es posible vivir la propia sexualidad como tarea maravillosa hacia la madurez personal? Según él, sin '*un cierto grado de madurez intelectual*', alcanzado gracias al '*periodo de latencia*', acaba '*toda influencia educativa*' con '*la total aparición del instinto sexual*'. La advertencia es seria, porque la tarea no puede ser más apasionante.

Y parto de una cita, cuyo hallazgo me ha merecido la pena los casi nueve años que dediqué a trabajar su obra. He aquí el texto: "*Es muy interesante observar que precisamente las tendencias sexuales coartadas en su fin son las que crean entre los hombres lazos más duraderos; pero esto se explica fácilmente por el hecho de que no son susceptibles de una satisfacción completa, mientras que las tendencias sexuales libres experimentan una debilitación extraordinaria por la descarga que tiene efecto cada vez que el fin sexual es alcanzado. El amor sensual está destinado a extinguirse en la satisfacción. Para poder durar tiene que hallarse asociado, desde un principio, a componentes puramente tiernos, esto es, coartados en sus fines, o experimentar en un momento dado una transposición de este género.*"¹³

Para entender su alcance hay que recordar cómo su concepción de la sexualidad humana le trajo múltiples acusaciones de 'pansexualista', de las que él siempre se defendió. Frente a estas acusaciones, quiero traer la más entusiasta valoración de su apuesta que encontré en **Julián Marías**: "*...descomunal acierto, absolutamente genial, de poner el sexo en el centro de la antropología.*" y a continuación añade -con acierto, a mi modo de ver-: '*El error concomitante fue lo que podríamos llamar la interpretación 'sexual' [yo diría, 'genital']- (y no sexuada) del sexo...*'¹⁴

En efecto, **Freud** observa, como dijimos, que la sexualidad humana no apunta exclusivamente a la procreación, como ocurre en el animal, y tiene tres salidas: **libre** (se expresa a través de la genitalidad), **represión** (que no es salida, sino negar su existencia, darle la espalda) y **sublimación**,

¹² Todo esto está más desarrollado en los 8 temas sobre la sexualidad humana que di hace años en Granada.

¹³ **S. Freud, Psicología de las masas y análisis del yo**, en Id., **Obras Completas. III**, Madrid 31973, p. 2591

¹⁴ **Julián Marías, Antropología metafísica**, p 124.

capacidad específica de la sexualidad humana que, al ser muy **'plástica'**, puede desplegar su fuerza totalizante con contenidos no genitales. Gracias a esta capacidad surge, según él, la **cultura**.

Esto es lo que captó **Freud**. La sexualidad humana no es una dimensión más de nuestro ser. En ella nos ponemos en juego como totalidad, como personas. Él observa que en ningún idioma se dice: **"Mi sexo te ama"**, sino **"Yo te amo"**. Es decir, nuestra condición sexuada nos pone en juego como totalidad personal. De ahí la importancia que hoy día se da al 'acoso sexual', que contrasta al mismo tiempo con la acusación a la Iglesia de haber 'reprimido' la sexualidad, cuando es algo 'natural'...¹⁵

Esto supuesto, volvamos al texto citado. Nuestra sexualidad no se agota en su dimensión genital. La prueba está en que: *'El amor sensual -en cuanto genitalidad- está destinado a extinguirse en la satisfacción'*, como todo lo que puede consumirse -cuando acabo de comer cesa mi apetito, aunque me ofrezcan algo que me gusta-, pero la 'genitalidad' no agota el alcance de nuestra condición sexuada, y alude a *'las tendencias sexuales coartadas en su fin' -'sublimadas'-*, que aquí denomina *'componentes puramente tiernos'*.

La distinción es clara y constatable por cualquier persona: lo que puede consumirse, se extingue en la *'satisfacción'*; la *'ternura'*, que es 'sexuada' -no es lo mismo la ternura del padre que la ternura de la madre-, sin embargo, no es en absoluto genital -no se 'consume'-, sino que pone en juego la totalidad personal: dinamiza y no harta, pero llena -puede *crear entre los hombres lazos más duraderos*-. Hace posible un compromiso gozoso de la persona.

¹⁵ Una vez más, la falta de matizaciones que soportamos: el que sea 'natural' -que lo es: es constitutiva de nuestro ser-, no quiere decir que sea trivial, que es lo que al final resulta. Pero, ¡no es trivial! Puede ayudarnos la nota siguiente que aportó en el **Tema VI** de la fe: **Dimensión esponsal de la fe cristiana**: "Como complemento de esta visión de **Freud** pueden ayudarnos dos autores, ambos fenomenólogos: **Merleau-Ponty** y **D. von Hildebrand**. Veamos qué alcance otorga el primero a la sexualidad humana: *'Hay que reconocer, sin duda alguna, que el pudor, el deseo, el amor en general, tienen una significación metafísica, esto es, son incomprensibles si se trata al hombre como consciencia y como libertad. El hombre no muestra ordinariamente su cuerpo y, cuando lo hace, es ora con temor, ora con la intención de fascinar. Le parece que la mirada ajena que recorre su cuerpo lo hurta a sí mismo, o que, al contrario, la exposición de su cuerpo le entregará al otro sin defensa, y que luego será el otro el reducido a la esclavitud. El pudor y el impudor se dan, pues, en una dialéctica del yo y del otro, que es la del dueño y el esclavo: en cuanto tengo un cuerpo, puedo ser reducido a objeto bajo la mirada del otro y no contar ya para él como persona, o bien, al contrario, puedo pasar a ser su dueño y mirarlo a mi vez, pero este dominio es un callejón sin salida, porque, en el momento en que mi valor es reconocido por el deseo del otro, el otro no es ya la persona por la que yo deseaba ser reconocido, es un ser fascinado, sin libertad, y que, por eso, no cuenta ya para mí. Decir que tengo un cuerpo es, pues, una manera de decir que puede verseme como un objeto y que quiero que se me vea como sujeto, que el otro puede ser mi dueño o mi esclavo, de modo que el pudor y el impudor expresan la dialéctica de la pluralidad de las consciencias y poseen una significación metafísica... (Fenomenología de la percepción, pp. 183-184)*. Pero no es menos interesante la aportación del segundo (resumen): Por la sexualidad el hombre se entrega de una manera única. Dos aspectos caracterizan este papel primordial de la sexualidad: 1) el cuerpo y el alma entran aquí en un contacto singular; 2) esta esfera específicamente íntima de la sexualidad, constituye en cierto sentido el secreto de cada uno. Ahí está el verdadero pudor, que no es un temor a quedar en ridículo o enseñar algo feo, sino ser el secreto más personal. Su revelación, por tanto, significa entregarse uno a otro. (Cfr. **Pureza y virginidad**, Editorial Desclée de Brouwer, capítulo 1). Ambos autores, no sólo confirman la centralidad que le otorga **Freud**, sino que la ligan de tal forma a la persona, que la ponen en juego, con el riesgo de convertir en objeto 'consumible' lo que pretendíamos fuese sujeto. No estaría mal que se reflexionase desde estos niveles para el tan traído y llevado 'consentimiento' en una relación genital para desculpabilizarla. Desde esta perspectiva, **Don Juan** tiene campo libre, porque posee el arte de la 'seducción'..., y convierte en 'consentido', lo que era la más sutil manipulación. La constatación de **Freud** de una *'ternura'* que crea *'lazos duraderos'*, ¿no es una respuesta a la disyuntiva sin salida de **Merleau-Ponty** y una confirmación de la afirmación de **von Hildebrand**? Como éste dice, es el punto donde cuerpo y espíritu se tocan tangencialmente. ¡Su actualización me pone en juego como persona!"

Esta ternura que llena, porque pone en juego a la persona en cuanto totalidad, no es algo 'programado' ni 'cuestión de suerte', sino que está precedida de una decisión libre.¹⁶ Ahora bien, hay libertad cuando hay persona, que es lo mismo que decir que hay 'totalidad', «síntesis».

Pero es interesante que en la cita que nos ocupa no sólo aluda a la 'ternura', sino 'o experimentar en un momento dado una transposición de este género'. En **Introducción al narcisismo**, citando a Jung que calificaba a un monje de tener reprimida su sexualidad, Freud puntualiza: «...no tendría por qué presentar siquiera una localización anormal de la libido. Puede mantener totalmente apartado de los humanos su interés sexual y haberlo sublimado, convirtiéndolo en un intenso interés hacia lo divino, lo natural o lo animal, sin haber sucumbido a una introversión de la libido sobre sus fantasías o a una vuelta de la misma al propio yo»¹⁷. Ya aludimos que él atribuye a esta capacidad de 'sublimación' de la sexualidad humana el hecho de la cultura.

Es decir, parece ser que esta capacidad totalizadora de la sexualidad, que se transforma en 'ternura' o genera 'cultura', no está ligada a la genitalidad -necesitada de satisfacción en la que se extingue-, sino que nos pone en juego como totalidad -**persona**- capaz de 'crear lazos duraderos': el 'compromiso' -en ningún idioma se dice «Mi sexo te ama», sino «Yo te amo»!-, como también la 'cultura'. Ambos 'logros' no pretenden 'consumir' nada, sino surgen de dinámicas de la persona que la ponen en juego en cuanto totalidad. En una palabra, nos hace creativos¹⁸ y gratuitos¹⁹.

Pero esta creatividad y gratuidad, exentas de estimulidad, son posibles por la condición inteligente del ser humano.

INTELIGENCIA SENTIENTE, ASOMBRADA Y GRATUITA (Zubiri, Ortega y Gasset y Julián Marías)

Esta totalización de la persona que la libera de quedar reducida a un 'ser de necesidades' y 'condicionado' puede llevarse a cabo porque la programación estímulo-instintual del animal es enriquecida con la **inteligencia** -capacidad de 'hacerse cargo de la realidad' (Zubiri)- que posibilita la respuesta libre, no estímulo -necesitante-.

Es decir, el animal responde a unos estímulos que están programados a la perfección, de tal forma que no se experimentan si no es su momento -la época de 'celo', por ejemplo, en la sexualidad-. El problema se agrava en el ser humano, al haber empezado por un esquema de estricto ESTÍMULO-RESPUESTA, de tal forma que los que mandan son los estímulos, que al comienzo son necesitantes y hay que darles respuesta -hambre, frío, dolor...-.

Sin embargo, pronto aparece un término que no se ha usado con el 'bebé': "*Este niño es un caprichoso*". En realidad, el niño sigue con el mismo esquema -Estímulo-Respuesta-, pero al no tener una programación instintual, han de suplir esta carencia los padres, cuidadores, creando 'hábitos'

¹⁶ En el compromiso matrimonial no se pregunta a cada contrayente si está 'enamorado', sino si 'quieres', y detrás de todo 'querer' hay una decisión 'libre'. Pues bien, la componente 'sexuada' de este 'querer' es la ternura que no se enmarca en el ESTÍMULO-RESPUESTA.

¹⁷ S. Freud, *Obras completas III*, Madrid 1973, pp. 2020-1

¹⁸ El arte cuanto menos 'comercial' sea, más garantía de ser arte.

¹⁹ He aquí lo que comento en una charla mía sobre la dimensión sponsal de la fe cristiana: "...la **ternura**. Es el sorprendente logro de convertir algo tan compulsivo y 'engullidor', como es el instinto sexual en su vertiente estrictamente genital, en lo más dinamizador desde la seriedad y el respeto. Es pasar de la satisfacción egocéntrica a la gratuidad, del mero consumo a la capacidad de ponerse en juego como persona y 'crear lazos más duraderos' -**comprometerse**- lo único que autentifica cualquier relación personal. Un compromiso no exigente, coactivo o meramente 'jurídico', sino la gozosa decisión de disponer de uno mismo en fidelidad con **alguien**, no por 'algo'. En efecto, la ternura es siempre relacional."

saludables hasta que llegue lo que siempre se ha denominado 'uso de razón'. Más aún, esta dimensión 'caprichosa' nos acompañará toda la vida.

Y aquí es donde tenemos que acudir a **Zubiri**, con su intuición de una '**Inteligencia sentiente**' -no 'estimúlca'-. Esta afirmación de **Zubiri** hay que desmenuzarla un poco más. Él defiende que la **inteligencia** es **sentiente**, es decir, maneja realidades captadas por la sensibilidad, no estímulos captados por deseos y necesidades. Su aportación central es que: '*la realidad es previa al ser*'. Es decir, la realidad es '*lo de suyo*', que está ahí pendiente, y que para comprenderla tenemos que darle ser. Ahora bien, nunca nuestra comprensión -el ser que le demos- la agotará. Siempre la realidad seguirá pendiente de nuevas 'comprensiones'. Por eso, el punto de arranque es la '*impresión primordial de realidad*', que es **sentiente**, no 'estimúlca'. De serlo, no podríamos hacernos cargo de ella, sino sería ella la que nos condicionaría, 'se haría cargo de nosotros' y entonces nadie podría decir: '**Yo te amo**'.²⁰

En el animal, sin embargo, su relación con la realidad es instintual, es decir, está regida por estímulos regulados por una estructuración, a veces complejísima, que no puede equivocarse. Esto se percibe de una manera llamativa en el instinto sexual que está reglamentado por una 'época de celo', y apunta exclusivamente a la conservación de la especie. Sin embargo, el ser humano, tiene que '*hacerse cargo*' de su sexualidad, que como hemos visto, al ser 'plástica', no se reduce a su función reproductora. De lo contrario, si la reducimos a su dimensión instintual, será la sexualidad -en cuanto genitalidad- la que se haga cargo de nosotros.

Pero este problema es permanente. La realidad podemos reducirla a su dimensión estimúlca, que siempre se da, y no dar paso a un '**uso de razón**' -con el que no nacimos- que sea capaz de manejar realidades, no meramente dejarse llevar por estímulos.²¹

A esto podemos añadir las aportaciones de **Ortega y Gasset**, en **Ideas y creencias**, con la alternativa entre **Intelectual** y **Pseudointelectual**, que equivalen a conservar la capacidad de admirarse ante una realidad que desborda sin por ello dejar de '*contar con ella*' -Intelectual-, o exigir argumentos para todo, como el niño pidiendo explicaciones con interminables preguntas, pero incapaz de sorprenderse y abrirse a una búsqueda permanente -Pseudointelectual-. Es decir, la disyuntiva entre ser '**creyente**' o '**ateo de todo**'; de estar dispuesto a '*hacerse cargo de la realidad*' o convertirse en un 'disco duro' con respuestas nunca propias; de conservar la capacidad de '**contemplar**' o de exigir la prepotencia de dominar y manipular todo, de **consumir**.

Pero quiero aludir a otra dimensión de **Julián Marías** en su libro **Antropología metafísica**. En el capítulo XII, **Estructura vectorial de la vida**, desarrolla esta idea de la **vectorialidad** de la vida humana. Esta idea me ha resultado tan sugerente que se ha convertido en mí en un punto de arranque. En efecto, todo ser humano tiene una serie de capacidades-cualidades que, al parecer, no lo definen. Puedo conocer un sujeto muy inteligente, con una imaginación desbordante, una capacidad de trabajo increíble, pero va por la vida de 'aprovechado', abusando y manipulando, no son sus 'cualidades' las que lo definen como persona, sino su actitud -su **vectorialidad**-.

²⁰ Aquí habría que fundamentar la genialidad de san Ignacio en el **PF** cuando exige: '*Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas*', es decir, contrarrestar con ese 'desenganche' que pretende la indiferencia, poder hablar 'realidades', no de estrictos estímulos, para posibilitar 'hacernos cargo de la realidad', ser libres. Esta será una tarea permanente.

²¹ Por eso no estoy de acuerdo con el término 'inteligencia emocional'. La emoción tiende a hacerse cargo de nosotros y no deja margen a la decisión libre.

En este sentido hay que decir que el ser humano vive dos vectorialidades: nacemos siendo el centro -¡y tenemos que serlo!-, pero este comienzo está llamado a cambiar radicalmente si queremos dar vida y no ‘comernos’ a los demás. Es decir, tenemos que abrirnos a la **gratuidad**, expresión suprema de respeto y libertad que hace libre al otro -no consumible-, habiendo nacido, sin embargo, condicionados por la pura **necesidad** -el niño solo exige-.

Resumiendo

¿Qué perspectivas debe tener una **antropología** para que sea tal?, porque podemos reducirla a un ‘tratado’, como hacemos con cualquier animal regido por una estructuración instintual que lo hace descriptible de antemano. El ser humano, al no estar programado, es imprevisible y siempre queda abierto al logro o al desastre. Esto, sin embargo, no quiere decir que esté a merced de la suerte, sino que está llamado a llevar a cabo un **proceso**, único en cada persona, cuya vida debe convertirse en biografía. Pero hay biografía cuando hay ‘hilo conductor’ -un ‘hacerse cargo de la realidad’ para algo-. De lo contrario la vida se convierte en un anecdotario.

Pues bien, este ‘logro’ no es posible describirlo porque en cada persona es único, irreplicable, y -lo que más asusta- nunca está garantizado y puede fracasar. Lo único válido -y ¡necesario!-, para que sea una **antropología** sería constatar capacidades, describir procesos pendientes con las distintas dinámicas que los posibilitan, sin caer en ningún tipo de programación, cosa que, en muchas ocasiones, es lo que torpemente buscamos. El supuesto ‘logro’ de cada persona siempre estará pendiente y en sus manos. Sorprendentes ‘logros’ en condiciones adversas, como ‘destrozos’ humanos en condiciones ideales, avalan lo que quiero decir. Soñar con una estructura ideal que garantice el acierto es iluso.²²

Todo esto quiere decir que para garantizar la elaboración de una **antropología** -no de un ‘tratado’- hay que sacar a flote una **inteligencia sentiente** -no estímulo- (**Zubiri**), **asombrada** ante una realidad que la desborda, capaz de contemplar **-Intelectual-**, no de argumentar para abarcar y dominar **-Pseudointelectual-** (**Ortega**), necesitada de un cambio de **vectorialidad** -de necesitante a gratuita- (**Marías**).

Por tanto, será de fiar una **antropología** que se limite a describir un **proceso pendiente** -no resuelto- que ha de llevar a cabo la **persona** -realidad autónoma y no programada-, encarnada en un **cuerpo** -cargado de necesidades, circunstanciada, con una sensibilidad educable y unas capacidades sorprendentes-, dotada de una **sexualidad** peculiar -que la totaliza abriendo a la creatividad y a la gratuidad- y de una **inteligencia**, capaz de ‘hacerse cargo de la realidad’ -de forma **sentiente**, no estímulo-, contemplando y poniéndose en juego gratuitamente para dar una respuesta responsable e irreplicable.

²² No está mal recordar los dos avisos que el papa **Benedicto XVI** nos dejó en la **Encíclica Spe salvi**. Primero: ‘...el bienestar moral del mundo, nunca puede garantizarse solamente a través de estructuras, por muy válidas que éstas sean. Dichas estructuras no sólo son importantes, sino necesarias; sin embargo, no pueden ni deben dejar al margen la libertad del hombre...’ Segundo: ‘Puesto que el hombre sigue siendo siempre libre y su libertad es también siempre frágil, nunca existirá en este mundo el reino del bien definitivamente consolidado. Quien promete el mundo mejor que duraría irrevocablemente para siempre, hace una falsa promesa, pues ignora la libertad humana...’ (24)